

## ITAMAR VIEIRA JÚNIOR, EL TRADUCTOR DE LAS REALIDADES QUILOMBOLAS ITAMAR VIEIRA JÚNIOR, THE TRANSLATOR OF QUILOMBOLA REALITIES

Recebido: 01/06/2025 Aprovado: 04/09/2026 Publicado: 08/08/2026  
DOI: 10.18817/rlj.v10i2.4140

Gracineia dos Santos Araujo<sup>1</sup>  
Orcid ID: <https://orcid.org/0000-0001-5697-4443>

Gracieda dos Santos Araújo<sup>2</sup>

**Resumen:** En este trabajo abordamos la traducción de las realidades *quilombolas* en la novela *Arado torcido* (2022), del escritor bahiano Itamar Vieira Júnior, a través de las que el autor elabora un auténtico retrato del Brasil profundo. Vieira Júnior se enfoca en un universo rural, cuyas huellas de más de trescientos años de esclavitud tienen luz propia. Todo ello se refleja y sobresale en la cotidianidad de una población descendiente de la diáspora africana y nativos originarios que, de manera u otra, mantienen viva su ancestralidad. Inicialmente, tratamos de entender el panorama de Água Negra, la hacienda ficticia en la que se erige un *quilombo* anónimo, en cuyas márgenes de dos ríos, Utinga y Santo Antônio, están arraigadas familias de trabajadores que viven en régimen de semiesclavitud. En Água Negra se destacan mujeres mayores nacidas y crecidas sin libertad, como Donana o la centenaria Miúda, pero también jóvenes que aprenden a soñar y anhelan un futuro mejor, como Bibiana. Por otro lado, figuras masculinas, igualmente representativas, como Zeca Sombrero Grande, el sanador de *jarê*, que sobresale tanto como líder espiritual como por ser el más venerado de los trabajadores, y Severo, mártir, símbolo de la lucha por el derecho a la tierra, dan vida a una literatura cuyo valor es universal. El autor traduce y presenta la realidad social e histórica de la población *quilombola*, poniendo de relieve, además, sus memorias.

<sup>1</sup> Doutora em Espanhol: Linguística, Literatura e Comunicação pela Universidade de Valladolid/Espanha (2015), com título reconhecido na área de Letras - Estudos de Linguagem pela Universidade Federal do Rio Grande do Norte/Brasil; Possui Diploma de Estudos Avançados (DEA) em Literatura Espanhola e Hispano-Americana pela Universidade de Salamanca/Espanha; Mestrado em Filologia Hispânica pelo Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madri/Espanha; Graduação em Letras com Língua Espanhola pela Universidade Estadual de Feira de Santana/Brasil (2004), com habilitação em língua portuguesa e espanhola e suas respectivas literaturas. Participou de intercâmbio discente na Universidade de Salamanca/Espanha (2002-2003); tem experiência docente no Magistério Superior como professora de espanhol e literaturas de língua espanhola, além de atuar no âmbito da tradução português-espanhol e no ensino de Português/Espanhol como Língua Estrangeira. E-mail: [gracineia@ufpa.br](mailto:gracineia@ufpa.br)

<sup>2</sup> Doutora em Educação pela Universidade Federal de São Carlos - UFSCar (2018-2022); Mestre em Desenvolvimento Territorial na América Latina e Caribe pela Universidade Estadual Paulista Júlio de Mesquita Filho - UNESP (2016); Especialista em Pedagogia Histórico - Crítica para as Escolas do Campo pela Universidade Federal da Bahia - UFBA (2017); em Educação do Campo e Desenvolvimento Territorial do Semiárido Brasileiro pela Universidade Federal do Recôncavo da Bahia - UFRB (2012), em Educação Ambiental para a Sustentabilidade pela Universidade Estadual de Feira de Santana - UEFS (2011), em Gestão de Pessoas pela Fundação Visconde de Cairu (2010), em Metodologia do Ensino, Pesquisa e Extensão em Educação pela UNEB (2004); Pedagoga pela UNEB (2001). Tem atuado como Professora da rede pública municipal de ensino (2002- 2018), além de atuar na Educação Popular Cooperativista. Participou do Projeto de pesquisa "Soberania alimentar, terra e território no âmbito da UNASUL", executado por meio da parceria entre Programa de Pós-Graduação em Desenvolvimento Territorial na América Latina e no Caribe (Territorial), da Universidade Estadual Paulista Júlio de Mesquita Filho, e o Programa União das Nações Sul-Americanas (UNASUL) e Red Soberania y Seguridad Alimentaria y Nutricional pelo (Red SSAN Brasil UNASUL), entre os anos 2015 e 2016. Professora Efetiva da Universidade Federal do Tocantins - UFT. E-mail: [gracieda.araujo@uft.edu.br](mailto:gracieda.araujo@uft.edu.br)

**Palabras clave:** *Arado torcido*; Desigualdad social. Literatura brasileña; Realidades *quilombolas*.

**Abstract:** In this paper we address the translation of *quilombola* realities in the novel *Arado torcido*, by the Bahian writer Itamar Vieira Júnior, through which the author elaborates an authentic portrait of deep Brazil. Vieira Júnior focuses on a rural universe whose traces of more than 300 years of slavery have a light of their own. All of this is reflected and highlighted in the everyday life of a population descended from the African diaspora and native natives who, in one way or another, keep their ancestry alive. Initially, we tried to understand the panorama of Água Negra, the fictitious hacienda where an anonymous quilombo is erected, on whose banks of two rivers, Utinga and Santo Antônio, are rooted families of workers who live in semi-slavery. Água Negra features older women born and raised without freedom, such as Donana or the centenarian Miúda, but also young people who learn to dream and long for a better future, such as Bibiana. On the other hand, male figures, equally representative, such as Zeca Sombrero Grande, the healer of *jarê*, who stands out both as a spiritual leader and as the most revered of the workers, and Severo, martyr, symbol of the struggle for the right to land, give life to a literature whose value is universal. The author translates and presents the social and historical reality of the *quilombola*.

**Key words:** *Arado torcido*; Inequality. Brazilian literature; *Quilombola* realities.

## Introducción

Animarse a hablar de la traducción del universo *quilombola* en la novela *Arado torcido* (2022) es estar dispuesto a desplazarse por los laberintos de las realidades del Brasil profundo, sumándose, además, a las sobresalientes voces afroindígenas. En este caso, muy bien representadas por la ingeniosa pluma de Itamar Vieira Júnior (1978). En *Arado torcido*, el escritor bahiano decide salir a cuerpo abierto en defensa de los trabajadores del campo, de manera especial de la población *quilombola*, y todo lo que ello conlleva. Ahora bien, sin perder de vista el valor estético de la literatura, a la vez que asume el compromiso de ubicarla en el lugar que se merece como un vehículo de denuncia social, y sin dejarla enturbiarse a lo largo y a lo ancho del recorrido.

*Arado torcido* es el destello de un faro que no se prendió en el pasado, apagado en un lugar de resignación. Sin embargo, hoy por hoy se enciende vestido de resistencia, esperanza; un territorio en el que voces *quilombolas* ganan protagonismo junto al grito de sectores marginados, como el sector caboclo y la población indígena en general, que a lo largo de muchos siglos no logró salir a flote, sofocados por la dominación masculina de un sustantivo propio llamado Estado, que está estrechamente ligado a un violento sector agrario. Este, a su vez, conformado y/o representado por sujetos que detienen el poder como los Peixoto, *máxime* representantes de un sistema latifundista que todavía persiste en nuestro país. En ese sentido, resaltamos que la prosa de Vieira Júnior es un

caudal de reflexión, pero también denuncia social; es memoria histórica y sociocultural ficcionalizada. Así pues, nuestro estudio tiene en cuenta que la literatura de Vieira Júnior encuentra en la realidad los principales ingredientes, modificando la experiencia concreta del campo brasileño en materia de reflexión crítica y denuncia, sin perder el valor estético de la narrativa. En efecto, pone de relieve elementos como la violencia y la opresión, las relaciones de poder, el autoritarismo, entre otros.

Cabe destacar que la pluma de Vieira Júnior está cargada de inquietudes que pueden ser apreciadas a través de una prosa diáfana y trascendental, atemporal, que alcanza dimensiones universales. Todo ello por medio de una polifonía de voces de niños y mayores que suenan desde lo más recóndito del campo brasileño, el territorio *quilombola* del que sobresalen personajes tan representativos como pueden ser Donana, la matriarca de la familia, y su hijo Zeca Sombrero Grande, el curador de *jarê*, por poner un par de ejemplos concretos, pero sin quitarle el merecimiento a las jóvenes Bibiana y Belonísia, quienes cambian para siempre el futuro de Água Negra. En este caso, en todo caso, arropada por la protección y fuerza de Santa Rita Pescadeira, la encantada que cobija el esmirriado cuerpo de doña Miúda, la centenaria.

Además de ser un laberinto de luces y sombras, propio de un Brasil que todavía no ha logrado curar las heridas del pasado, *Arado torcido* es una narrativa que nos conduce a sacudir el polvo de la desmemoria y nos invita a navegar por las aguas profundas de nuestra historia, revisitando y refrescando nuestras consciencias de manera que nos permite creer que un mundo más justo es posible. Es por eso que discutimos a lo largo de este trabajo sobre el contexto *quilombola*. Ahora bien, es importante tener en cuenta que estamos ante una obra de ficción, que bebe en la leche de la realidad, o sea, que encuentra en la vida real los principales ingredientes para su materialización. Eso se justifica porque la literatura es una especie de parásito de la realidad (Eco, 1996). Sobre el “parasitismo” de la literatura, hay que desterrar cualquier posibilidad de connotación negativa, puesto que se trata de una beneficiosa interacción entre ambas. Además, no podemos perder de vista la ingeniosidad del escritor y su capacidad de (re)crear mundos “nuevos” en base al proceso natural de inspiración (Lapesa, 1974).

Al analizar la traducción de la cotidianidad *quilombola* en *Arado torcido* nos fijamos en las memorias y los recuerdos producidos en la narrativa, aspectos que dan sentido al

texto y que trascienden lo estético. Ante lo dicho, y guiados por los aportes teóricos de autores como Bosi (1992), Krenak (2022), entre otros, planteamos una reflexión crítica de manera que nuestro trabajo no se ahogue en las tormentosas aguas del panorama social e histórico de nuestro país.

## El escritor y la obra

Entre los escritores brasileños más leídos y traducidos en la actualidad, en nuestro país y allende nuestras fronteras, Itamar Vieira Júnior se destaca con una prosa conmovedora, reflejada por medio de una “pluma mágica”, que se nos atraviesa como una “concha de caracol abandonada, partida” (2022, p. 51). *Arado torcido* se nos clava en el alma “como un pincho” (2022, p. 51) y nos hace sangrar ante los horrores bajo los que viven familias completas que pueblan las 260 páginas que componen la obra.

Teniendo en cuenta que las realidades *quilombolas* son los principales ingredientes de la narrativa de Vieira Júnior, y que Água Negra consiste un lugar de (re)encuentro con la triste historia de nuestro país, destacamos que hablar del contexto *quilombola* y las consecuencias de la esclavitud en Brasil es una manera de dar protagonismo al modo de vida de nuestros ancestros, indígenas o africanos, cuya cultura – aunque malherida - ha sentado las bases de la nación que hoy llamamos Brasil. Por otro lado, es una evidente forma de preservar nuestra memoria histórica, nuestras memorias de origen (Krenak, 2022), puesto que se hace importante y necesario no olvidarnos de los horrores de la diáspora africana en nuestro país, al igual que no podemos prescindir de mantener viva la historia de los pueblos originarios que padecieron y siguen padeciendo a causa de las constantes invasiones de su territorio, que conllevan en el desarraigo de culturas seculares (Bosi, 1992) tan milenarias que no podemos precisar la fecha de nacimiento; es contribuir a que no se nos olvide nuestro pasado, de manera a evitar que los mismos errores no se vuelvan a repetir en el presente y en el futuro.

*Arado torcido* presenta, sin lugar a dudas, un auténtico retrato del mundo *quilombola* de Brasil, aunque tampoco es el único que se ha elaborado literariamente sobre el tema. No obstante, cabe destacar que esta es una obra que estimamos como

lectura obligatoria no solo en el ámbito universitario, sino en diferentes contextos educativos.

La dimensión de *Arado torcido* trasciende lo estético; la maestría de Vieira Júnior para crear personajes tan entrañables como Donana o Zeca Sombrero Grande, según ya destacado anteriormente, o seres odiosos como Sutério, Tobías o Aparecido, por poner unos cuantos ejemplos concretos más. Todo ello sumado al uso de un lenguaje diáfano, contundente y riquísimo, con una ingeniosidad capaz de reelaborar las circunstancias de los hechos o exponer ideas, partiendo de lo local, Água Negra, y trascendiendo fronteras que la conducen a la universalidad. Por otro lado, se evidencia el compromiso imbricado en la obra, su implicación ética en lo que concierne a las complejas condiciones de vida del ámbito *quilombola* de nuestro país, un factor que nos permite entender los motivos por el que el escritor bahiano, pese a su corta carrera literaria, se ubique entre los grandes autores de nuestra literatura.

Durante una dilatada experiencia como servidor público en el Instituto Nacional de Colonización y Reforma Agraria (INCRA) de Brasil, Vieira Júnior se acercó a las comunidades *quilombolas*, un universo resultante del funesto proceso de colonización portuguesa, tornándose portavoz de los trabajadores rurales. Así pues, al igual que Severo, uno de los principales protagonistas (joven) de la obra, exterioriza un anhelo de libertad, reflejado en una vivencia de lucha enfocada en la transformación social.

Con la influencia/aporte de las culturas ancestrales, indígenas y africanas, pero también luso-colonizadoras, el geógrafo Itamar se ha desarrollado y educado personal y profesionalmente a partir de las enseñanzas de diferentes culturas y las evidencias de esta experiencia se hacen notar en su literatura. La manera cómo Vieira Júnior siente y aborda la herencia colonial y las desigualdades sociales existentes en el campo brasileño está reflejada en *Arado torcido* de manera clarividente; en *Arado torcido* se “pinta” un retrato visto desde las consecuencias del proceso de colonización de Brasil, pero también de “independencia” y abolición de la esclavitud.

A través de su literatura, Vieira Júnior pone de relieve las memorias de origen (Krenak, 2022), revisitando la historia oficial de nuestro país y denunciando el abandono y la marginación de la población *quilombola*. El escritor, por otro lado, nos invita a limpiar el polvo de la desmemoria, trayendo a la luz una realidad poco o nada conocida por gran

parte de la sociedad brasileña, destacando la sabiduría de hombres y mujeres del campo, negros e indígenas, históricamente subalternos cuyas voces han sido silenciadas a lo largo de más de quinientos años. En ese sentido, cabe destacar que

a colonização não pode ser tratada como uma simples corrente migratória: ela é a resolução de carências e conflitos da matriz e uma tentativa de retomar, sob novas condições, o domínio sobre a natureza e o semelhante que tem acompanhado universalmente o chamado processo civilizatório” (Bosi, 1992, p. 13).

En efecto, vale la pena resaltar que “a colonização dá um ar de recomeço e de arranque a culturas seculares” (Bosi, 1992, p. 12). Por lo tanto, bien como los trabajadores de Água Negra, el quehacer literario del autor está basado en un universo en el que la tierra es un espacio de lucha, un territorio cuyas huellas de la esclavitud tienen luz propia.

Así pues, no podemos olvidar que en ese proceso civilizatorio que resultó en más de trescientos años de esclavitud, el impacto social y todo lo que ha conllevado (lengua, cultura, religión, economía...), ha transformado drásticamente las realidades negras e indígenas del que se llamó “Nuevo Mundo”. Todo ello, sin embargo, inspirado “no projeto de *dilatar a fé* ao lado de *dilatar o Império*, de camoniana memória” (Bosi, 1992, p.15). Todavía según destaca el autor, la colonización es:

um projeto totalizante cujas forças motrizes poderão sempre buscar-se no nível do colo: ocupar um novo chão, explorar os seus bens, submeter os seus naturais. Mas os agentes desse processo não são apenas suportes físicos de operações económicas; são também crentes que trouxeram nas arcas da memória e da linguagem aqueles mortos que não devem morrer (...) a Cruz vencedora do Crescente será chantada na terra do pau-brasil, e subjugará os tupis, mas, em nome da mesma cruz, haverá quem peca liberdade para os índios e misericórdia para os negros (Bosi, 1992, p. 15).

Lo cierto es que el proyecto totalizante de la colonización ha abierto heridas en el campo brasileño y que todavía siguen sangrando. Esa herencia maldita, clavada como sanguijuela en las realidades *quilombolas* y todo lo que ello conlleva, puede ser vista en *Arado torcido* como un auténtico retrato de un mundo malherido, representado por la ingeniosidad literaria de un escritor comprometido con su tiempo. La sangre de nuestros ancestros, africanos o indígenas, son un abono para la lucha de sus descendientes y de la sociedad en general, en lo que concierne al derecho a la tierra y todo lo que ello

conlleve, como puede ser el combate a la violencia en el campo, entre otros factores importantes, necesarios y urgentes de ser discutidos.

Bosi (1992), en su libro *Dialética da colonizacao*, pone de relieve las discusiones a respecto del proceso de colonización y los paradigmas impuestos por la empresa colonizadora. En ese sentido, a través de *Arado torcido* Itamar Vieira Júnior asume una manera abierta y comprometida en defensa de las poblaciones *quilombolas*, como resultado de su conocimiento de causa y anhelo de transformación social. Su inquietación y compromiso con las realidades *quilombolas* le han elevado al altar sagrado de nuestras letras, trayéndole diferentes diversos galardones como el *Premio Leya*, *Premio Océanos*, *Premio Jabuti*, entre otros reconocimientos como el reciente *Premio Montluc Résistance et Liberté* (2024).

La lectura de la obra de Vieira Júnior, además, contribuye a dar a conocer al Brasil profundo, de manera especial el universo *quilombola*, realidades que el autor las conoce muy bien de cerca. Se trata de una realidad que, desde temprana edad, el autor pretende darnos a conocer y que, por suerte, ahora tenemos la alegría de tenerlas entre manos; y a hora a Itamar nos sumamos en la lucha de dar a conocer una realidad de la que tenemos mucho lo que aprender y por la que tenemos que luchar para que sus voces no sigan siendo silenciadas.

De la pluma de Vieira Júnior brotan dolores, horrores...pero también olores, sabores y esperanzas. Así pues, destacamos que *Arado torcido* presenta un triste panorama del escenario *quilombola*, y que trascienden las fronteras de la ficción. Su literatura está marcada por la denuncia social y está plagada de vivencias cotidianas; en ella se evidencia la explotación de niños y mayores *quilombolas*, hombres y mujeres a los que se les ha negado el derecho a tener los bienes más elementales para la supervivencia. Y todo ello parece ser ley de vida, reflejada en el Água Negra, la hacienda ficticia en la que está ambientada la obra, un lugar desde el que se construye, a base de sudor y sangre, el retrato de una metáfora de la vida real.

De la hacienda ficticia Água Negra se elabora un álbum de fotografías de la colonización, un universo en el que no hay apenas lugar para resignación porque “no hay mal que cien años dure”. Y aunque parece que el refrán popular se queda corto, sirve como motor de las ilusiones y alimenta la lucha por la transformación social. Todo eso y

mucho más el autor refleja en la obra de manera ingeniosa. Vieira Júnior nos muestra la relación entre opresor y oprimidos, en este caso los Peixoto, propietarios de la tierra, y los *quilombolas*, familias que sobreviven a duras penas a la merced del destino y del tiempo, encontrando en la propia tierra la forma de sustento. Sin embargo, este es tan solo uno de los problemas existentes en Água Negra, porque en ese *quilombo* lo que más sobresale en la obra es el tema de la violencia y la opresión. Eso nos muestra que el autor trata de darnos a conocer “el otro lado de la historia” y lo hace revelándonos que pese a la presunta resignación, la reacción de la población *quilombola* es de enfrentamiento; revela que especialmente los más jóvenes aprenden a soñar y a luchar por un mundo más justo, empezando por el derecho a la tierra y a poder vivir y trabajar sin estar bajo las botas de los que detienen la tierra, o sea, dejar de ser semiesclavizado y poder gozar de los mismos derechos como reza la Constitución de nuestro país.

Otra de las características sobresalientes de la novela *Arado torcido* es el deseo de justicia por el que clama el autor, a través de su novela. Esas ganas de contribuir al combate a la opresión se evidencian en su literatura como un “arma” plagada de resistencia. Así pues, permeado de esperanza, el escritor sacude el polvo de la desmemoria y nos indica un nuevo camino de la lucha a favor de la dignidad humana, al tiempo que nos invita a revisitar la historia oficial de nuestro país.

Cabe destacar que todavía existe en nuestro país muchas venas abiertas, puesto que, aun en la actualidad, siguen siendo evidentes las huellas de su pasado de esclavitud. En efecto, la convivencia de Vieira Júnior con la población *quilombola*, sumada a su formación como Doctor en Estudios Étnicos y Africanos (Universidad Federal de Bahía), por lo tanto, le dota conocimientos que muchos lectores no somos apenas capaz de imaginarlos, como es el caso del gran contingente de afrodescendientes que viven marginados en nuestro país, excluidos de los bienes más elementales para la sobrevivencia y padeciendo las agruras de un proceso inhumano. Y todo ese proceso inhumano ha condenado a una gran parte de la población de nuestro país a cargar a cuestas todo tipo de estereotipos y discriminación, por el sencillo hecho de no tener la piel blanca. De ahí que no nos causa extrañeza que en el hospital “Fue el primer sitio donde vi a más gente blanca que negra. Y vi cómo nos miraban con curiosidad, pero sin acercarse” (2022, p. 18).

Las heridas de la colonización se presentan en *Arado torcido* y rompen la indiferencia del Estado, instándolo a “abrir los ojos” y tomar partido ante las circunstancias de abandono y miseria, pero también violencia y opresión a las que están sometidos muchos trabajadores del campo del Brasil profundo. Por esa y otras razones, *Arado torcido* es una obra importante, necesaria y urgente para la sociedad brasileña y en general, ya que “pone el dedo en la llaga” de la sociedad postmoderna, presentándole que todavía falta mucho por hacer para que todos tengan el derecho a la tierra.

La traducción de las realidades *quilombola* en una obra de la talla de *Arado torcido* al español se hace imprescindible, principalmente si tenemos en cuenta la historia de muchos de los países hispanohablantes, cuyo pasado de esclavitud ha sido similar al nuestro. No podemos olvidar que en toda Latinoamérica y en el Caribe la esclavitud africana fue una triste verdad y constituye una de las etapas más cruenta de nuestra historia. En ese sentido, las circunstancias sociales que presenta la obra en cuestión sirven para que podamos comprender mejor todo el proceso histórico de “construcción” de nuestra identidad y la identidad de este país llamado Brasil, pero también nuestra identidad latinoamericana. Todo ello porque a través de *Arado torcido* podemos ampliar y profundizar o acceder a los principales sucesos del pasado, de manera que podamos construir un futuro mejor.

### **La memoria de los horrores en los recuerdos de los mayores**

La novela *Arado torcido* traduce las realidades *quilombolas* poniendo de relieve la memoria de los protagonistas de la obra. A través de memorias y de las circunstancias sociales de la población de la hacienda ficticia Água Negra, el autor (re)construye el retrato de la formación de una comunidad *quilombola* y todo lo que ello conlleva. En todo caso, en este caso, trae a la luz la historia y el panorama de un *quilombo* “invisible” que se erige dentro de Água Negra, cuyos propietarios de la tierra, los Peixoto, ofrecen “cobijo” y atraen a un gran número de trabajadores a los que acaba manteniendo bajo las suelas de sus zapatos.

Mi tío viajó a lomos de un burro, su mujer en otro, y los niños fueron caminando, turnándose durante el camino para montar a lomos de los animales. Entraron a vivir en una construcción de ladrillo, una casa vacía que daba cobijo a los trabajadores

recién llegados. Se les permitía hospedarse allí hasta que se aprobara definitivamente la concesión de una vivienda, de acuerdo con la productividad y la disposición para trabajar de la nueva familia. Si los aceptaban, se les asignaba una parcelita de tierra para que levantaran la tan anhelada casa y tuvieran su huerto y animales pequeños. El tío Servó llegó acompañado de su mujer, Hermelina, y de sus seis hijos (2022, p. 42).

Los “trabajadores” atrapados se someten a los caprichos de sus “señores”, a cambio de los bienes más básicos para la supervivencia, pan y techo. Así pues, “llegó un pequeño grupo de trabajadores a la hacienda. Entre ellos, una mujer escuálida de pelo liso que se llamaba Maria Cabocla. La acompañaban su marido y seis hijos. Instalaron a la familia en una casucha en las tierras donde vivía el tío Servó” (2022, p. 101).

Ahora bien, cabe destacar que los trabajadores acuden “libremente” a Água Negra, como lo hizo José Alcino en su momento en Caxangá, donde se estableció y formó una nueva familia que dio lugar a una nueva generación de trabajadores *quilombolas*. El ejemplo de José Alcino es la demostración de que la abolición de la esclavitud en nuestro país no vino acompañada de la total libertad de las personas esclavizadas y sus descendientes. José Alcino, uno de los antiguos trabajadores de Caxangá, puebla la memoria y los recuerdos de una de las narradoras-protagonista de *Arado torcido*, quien detalla que su abuelo llegó a la hacienda Caxangá en búsqueda de la supervivencia. Y lo hizo como muchos trabajadores “libres” que, una vez abolida la esclavitud, acaban vagando de hacienda en hacienda, batallando por pan y techo a cambio de su mano de obra.

En Caxangá,

José Alcino pidió una azada y demostró que sabía trabajar la tierra. Solicitó una vivienda en la misma hacienda donde mi abuela vivía cautiva, sin haber intentado nunca abandonar a sus tutores, trabajando a cambio de lo que comía. Construyó una casa de adobe, la cubrió con junco, entabló amistad con el capataz que había criado a Donana (2022, p. 166).

Pese a establecerse en el nuevo destino, Caxangá, José Alcino tampoco encuentra en la mencionada hacienda un lugar asegurado para sus hijos. De ahí que, al igual que lo hizo el padre, sus hijos también se tuvieron que marchar en búsqueda de sobrevivir. He aquí que tenemos el ejemplo de lo que le pasó a Zeca Sombrero Grande que

después de mucho sondear a los viajeros y a los compadres que traían noticias de parientes que se habían trasladado más lejos, Zeca Sombrero grande se decidió partir (...) Anduvo por los caminos un día y una noche hasta que llegó a Água Negra, el lugar dónde pasaría el resto de su vida (2022, p. 182-183).

Zeca Sombrero Grande se marcha sin mirar atrás, es expulsado no solamente por las sequías que castigaron Caxangá, sino que “el tiempo trajo la necesidad de poner rumbo a otro lugar. Zeca quería explotar otras tierras, buscar trabajo” (2022, p. 181). En ese sentido, es importante destacar que el hijo de José Alcino, al igual que su padre, no tenía donde “caerse muerto” como todos los suyos, cercanos o lejanos, que padecen/padecieron las funestas consecuencias de la esclavitud en nuestro país. Así pues, destacamos, por otro lado, que la partida de Zeca Sombrero Grande hacia Água Negra se da, también, motivada por la “buena esperanza” anunciada por los propietarios de la tierra, quienes ávidos por atraer a la mano de obra que necesitaban ofrece una supuesta garantía de vida y seguridad alimentaria. En efecto, la noticia corre como la pólvora y alcanza grandes dimensiones.

Anunciaron que existía una hacienda donde corrían ríos de agua oscura. No sé cuándo se contó que había pescado a raudales, que se cultivaba arroz, que abundaba la palma y el moriche, y que había un gran espejo de agua allá donde confluían los ríos Utinga y Santo Antônio. Que a los dueños no les importaba alojar a más mano de obra, que ellos solo querían que fueran gente trabajadora que no se quejara de la faena. Gente que sudara de sol a sol, de domingo a domingo. Querían gente que regaran las huertas y transformara en riqueza la tierra de la prosperidad, y que no tuviera miedo de lastimarse las manos durante la cosecha. A cambio, podrían construirse una casa de adobe y tablas, que se desmoronase con el tiempo, con la lluvia y el potente sol. Que la vivienda nunca fuera un bien duradero que despertara la codicia de los herederos. Que pudiera demolerse fácilmente en caso de necesidad. Se puede trabajar – contaban en sus romerías por el territorio de Caxangá -, se puede trabajar, pero la tierra es de esa familia por derecho (2022, p. 181-182).

Como podemos observar en el fragmento anterior, a través de las memorias de Zeca Sombrero Grande tenemos un ejemplo de las duras circunstancias a las que se tuvo que someter la población negra una vez “libre” de la esclavitud. Son hombres y mujeres que se ven obligados a resignarse ante la cruenta realidad que les toca, como si fuera ley de vida. De lo contrario, no pueden ni siquiera mantenerse vivos. De ahí que acaban atendiendo al llamamiento de los hacendados, que dejan muy claro lo que quieren

a gente que sude la gota gorda de domingo a domingo y de sol a sol, porque necesitan gente para todo el tipo de trabajo, gente para producir riqueza.

A partir de la realidad y de memorias como las de Zeca Sombrero Grande, el sanador de *jarê*, que huye de su Caxangá natal y encuentra “cobijo” en Água Negra tras vagar casi sin destino durante mucho tiempo, en *Arado torcido* el autor “pinta” un retrato más del universo por el que se mueven los descendientes de la diáspora africana. Todo ello teniendo los pies bien firmes en el suelo como el ave Sankofa, símbolo de sabiduría africana, cuya cabeza que mira hacia atrás, en búsqueda de la sabiduría ancestral, tratando de beber en la leche del pasado para comprender el presente, al tiempo que anhela construir el futuro. Así pues, es importante destacar que cruentas son las circunstancias en las que sobreviven los afrodescendientes de la diáspora africana en nuestro país, a la merced de su propio destino, que los unos y los otros se van uniendo con el fin de mitigar el sufrimiento; se unen contra males como el hambre, por poner un ejemplo concreto, que perjudica y compromete la dignidad humana. Conforme Lopes y Simas (2020, p. 19), “na praxe africana, o mal é o que prejudica os outros, o que ameaça a paz e a sobrevida do grupo. Embora esta conceituação não seja absoluta, ela pode ser vista como regra geral”.

En la batalla contra algunos de los muchos males que los azota, los trabajadores que habitan Água Negra se unen contra males como la miseria y el hambre, solidarizándose los unos con los otros. Así pues, hacen correr la voz que en Água Negra se puede establecer, aunque sean conscientes de que lo que se les ofrece allí no es más que el pan y techo. Esto es posible observar en el fragmento a continuación, cuando la narradora-protagonista rememora cómo se dio la llegada de un tío suyo a la hacienda en la que vive con su familia y otros trabajadores:

Mi padre, acicateado por Sutério, invitó al hermano de mi madre a que se estableciera en Água Negra. El administrador quería atraer a gente que “trabaje mucho” y “no tenga miedo de trabajar”, en palabras de mi padre “dispuesta a dejarse la piel en la plantación”. Podía construirse una casa, pero de adobe, nada de mampostería, nada que acotara el tiempo de presencia de las familias en la tierra. Podía habilitar un terrenito para que rindiera calabazas, judías, quingombó, nada que distrajera de la necesidad de trabajar para el dueño de la hacienda, a fin de cuentas para eso se le permitía levantar una vivienda. Podía traerse a la mujer y los hijos, mejor así, cuando los pequeños crecieran sustituirían a los trabajadores más viejos. Serían personas apreciadas, conocidas, ahijados del hacendado. Dinero no había, pero no le faltaría comida en el plato. Podrían quedarse en aquellos parajes, tranquilos, sin que nadie les molestara, bastara con acatar las órdenes. Vi a mi padre

decir a mis tíos que en los tiempos de sus abuelos era peor, no te dejaban tener un terreno, no había casa, todos se hacinaban en el mismo espacio, en la misma chabola (2022, p. 41).

Teniendo en cuenta que hubo tiempos peores, los trabajadores *quilombolas*, especialmente los más mayores, se resignan ante las circunstancias que les tocó nacer y crecer, pero sus memorias acaban sembrando la esperanza y motivando la lucha por los cambios sociales por parte de la población más joven. De ahí que las nuevas generaciones no están dispuestos a pagar el mismo precio que han pagado sus padres o abuelos, y mucho menos alimentar un sistema que esclavizó a sus ancestros y que les ha dejado la maldita herencia de la opresión y la violencia. En ese sentido, rebelarse, pues, contra las injusticias seculares acaba convirtiéndose en objetivo principal de los jóvenes que anhelan cambiar la triste realidad. Todo ello motivados por conocimientos de causa que les son transmitidos a través de las memorias y los recuerdos de sus allegados, familiares o conocidos, pero también por la experiencia personal de quienes nacen y crecen en un ambiente hostil, donde lo que sobra es violencia y opresión:

Crecí oyendo las historias de José Alcino, mi padre, Zeca Sombrero Grande. Algunas salían de su propia energía e iniciativa para contarla a sus hijos de sangre o de santo. Sin embargo, la mayor parte salía de la memoria de mi madre, que ya oía historias sobre mi padre antes incluso de que se conocieran y ella recibiera la propuesta de vivir con él. Salu contaba las más emotivas, y también las que más nos costaba creer que hubiera sucedido de veras. Oí las primeras siendo apenas una niña, pero retuve poca cosa de lo que se contaba. A medida que me hacía mayor veía a mis hermanos indagar acerca de nuestros orígenes. Nuestros padres respondían y nosotros casi no prestábamos atención a sus discursos. A menudo, las historias llegaban en momentos de regañina, cuando protestábamos por el volumen del trabajo (2022, p. 163).

De manera que parece magia, Vieira Júnior trae a la luz la cotidianidad de hombres y mujeres que trabajan y viven en el campo, en la condición de *quilombolas*, y que pese a dejarse el pellejo bajo un sol de justicia, trabajando durante jornadas exhaustivas en la producción de riquezas, no tienen apenas el derecho a ser dueños de los alimentos que producen para su propia subsistencia, porque tampoco puede comercializar con ellos. Por otro lado, están vulnerables a todo tipo de violencia, como lo podemos observar en el fragmento a continuación, cuando el administrador de la hacienda, Sutério, se siente con el derecho de arrancar de los trabajadores, inclusive, los frutos comprados en la ciudad:

Sutério se presentó en nuestra casa (...) entró en nuestra cocina y preguntó de dónde habíamos sacado las patatas. Mi padre contestó que las habíamos comprado en el mercado de la ciudad. Con qué dinero, quiso saber el administrador. Vendimos el resto del aceite de palma que habíamos hecho, repuso mi padre. Sutério agarró casi todas las patatas con las dos manzanas y las metió en el Rural, que había dejado aparcado en la puerta. Se llevó también dos botellas de aceite de palma que guardábamos para preparar los pececillos que pescábamos en el río. Le recordó a mi padre que era obligatorio entregar una tercera parte de la producción del huerto. Pero las patatas no eran del huerto (2022, p. 86).

La población *quilombola* padece las agruras de un Estado inoperante, que coincide con el periodo de la abolición de nuestro país, aunque no se pueda precisar a ciencia cierta la posible fecha en la que ocurren los hechos. No obstante, aunque no se pueda ubicar la obra en un tiempo preciso, a través de la memoria y los recuerdos de los protagonistas podemos ubicarla no solo en el espacio, sino en un tiempo relativamente cercano, el período postcolonial que se arrastra hasta nuestros días. Estamos ante, pues, de un retrato (re)elaborado – a la perfección – de un mundo plagado de desigualdades sociales, pero que nos permite divisar una pequeña luz al final del túnel. Este Brasil profundo, tan lejano y tan cercano, nos mantiene con la mirada puesta no solo en el presente, sino bien anclada en el pasado, de manera que podamos entender mejor y forjar un futuro diferente al que se deja ver en la obra.

La trama se construye por medio de memorias de origen (Krenak 2022), que conlleva en la memoria individual y colectiva, pero también de las memorias afectivas del campo y con el campo. A través de memorias el escritor organiza el *puzzle* de una realidad poco o nada conocida, fragmentada por antonomasia, de la que apenas se oye hablar en la actualidad. Son memorias que reflejan un pasado vivo, pulsante, un pasado del que los protagonistas *quilombolas* no han podido liberarse; un pasado que no podemos olvidar y del que debemos buscar los principales ingredientes para reelaborar nuestros sueños.

En ese sentido, en su quehacer literario, Vieira Júnior deja evidente su compromiso social, una vez que su obra está plagada de denuncia social, al tiempo que se nutre de anhelo y rebosa en esperanza, ingredientes importantes y necesarios en la lucha por contribuir a/con (re)escribir una nueva página en nuestra literatura y, de cierto modo, en nuestra historia oficial.

De las muchas memorias de origen que aborda el escritor bahiano está la memoria del alumbramiento de Zeca Sombrero Grande, nacido en medio de un cañaveral, en un lugar donde “un día los hacendados llegaron enseñando papeles y se pusieron a vallar las tierras, y la gente aguantando, hubo muertos, hasta que acabaron todos apretados en un rinconcito” (2022, p. 228). En cuanto a lo último, la memoria colectiva, el autor pone de relieve la formación del *quilombo*, ese “rinconcito” del que habla la narradora. Por otro lado, traza la historia de la agrupación de las grandes propiedades de tierra que dan lugar a haciendas como Água Negra o Caxangá, cuyos propietarios gozan de un derecho “especial”, que es el derecho a la tierra, un derecho del que no disfruta la población *quilombola*.

De igual manera, Vieira Júnior pone de relieve las festividades del *jarê*, una práctica religiosa en la que confluyen elementos de diferentes culturas a saber: la africana de la diáspora negra, las culturas de los pueblos originarios, indígenas que los blancos se negaron escucharlas (Kopenawa y Albert, 2015). En ese sentido, es importante recordar que las memorias de origen están ligadas a la memoria histórica, pero también afectiva. Todo ello nos sirve como premisa para entender la formación de los *quilombos* y de nuestra sociedad actual como un todo. Vale resaltar, además, que “o caráter festivo das cerimônias de culto é um aspecto notável da religião em geral” (Malinowsky, 1984, 57), uma premissa que se observa claramente em *Arado torcido*.

Al poner de relieve la recuperación de memorias diversas, Vieira Júnior da voz a los sin voz. Lo hace a través de las narradoras principales que son, a la vez, protagonistas de la historia. Las diversas narradoras hablan en primera y tercera persona; hablan de sí y de los recuerdos de los suyos, familiares o conocidos. En ese sentido, el autor va mezclando el uso de la primera y tercera persona, dejando evidente el papel que juega la memoria.

A través de la memoria y los recuerdos de los personajes es posible sentir el dolor de la opresión. Por medio de referencias y/o descripciones... los colores, olores y horrores que producen la obra nos trasladan a las realidades de un Água Negra como lugar de resistencia. En ese sentido, el escritor pone evoca el pasado, utilizando recursos lingüísticos la narración y la descripción a través de los que nos muestra una radiografía de las funestas consecuencias del proceso de esclavitud. En efecto, la obra es sensorial

y nos despierta todos los tipos de sentimientos, de ahí su universalidad. Son imágenes, sonidos...sensaciones múltiples que hacen del texto un hervidero de reflexiones, en una sucesión de acontecimientos a través de los que divisamos el protagonismo de la memoria.

## Consideraciones finales

Como escritor de su tiempo, Itamar Vieira Júnior traduce las realidades *quilombolas* ejerciendo un evidente papel social, pero también histórico y político. Su relevancia como traductor del universo *quilombola* trasciende las fronteras de la literatura de ficción y lo ubica entre los clásicos de la literatura universal. En ese sentido, el escritor bahiano pone su obra a favor de la emancipación humana, como vehículo de denuncia social. Todo ello a través de la presentación de la memoria desde diferentes dimensiones, como de origen y afectiva con el campo, con la tierra. Son memorias individuales, pero a la vez colectivas, que se cruzan con la historia, de la que no se puede prescindir si se anhela construir un mundo donde no hay lugar para ningún tipo de opresión y violencia. Por lo tanto, plenas de significados que motivan las luchas y devuelve la esperanza, al tiempo que contribuyen para resignificar y redimensionar nuestra historia y la historia de nuestros ancestros indígenas o afrodescendientes, pero también europeos colonizadores. Y es que todo ello se confluye en el gran *puzzle* que reúne el escritor, sacudiendo el polvo de la desmemoria, de manera que tras la lectura de la obra nadie puede salir indiferente.

En *Arado torcido* Vieira Júnior nos invita a tomar partido ante las injusticias sociales y nos enseña que la libertad no viene sola, sino que es una batalla constante. Aquí hacemos nuestras las palabras de la activista Angela Davis, en su libro *A liberdade é uma luta constante* (2018). Y la lucha a favor de la libertad es una lucha por derechos humanos. De ahí que en esta reunión de memorias en la que tiene lugar asegurado nuestro pasado colonial, encontramos la motivación y los caminos para seguir adelante y no desvanecer ante la importancia, necesidad y urgencia de construir un mundo mejor. Así pues, al igual que el ave Sankofa, nuestra intención es caminar hacia adelante, con los pasos firmes, acompañados de nuestras memorias y nuestros sueños, bebiendo en

la sabiduría y en la lucha de nuestros ancestros africanos e indígenas, sin prescindir de tener en cuenta la presencia y las aportaciones de nuestros antepasados colonizadores. Hemos de concluir, por lo tanto, dejando las puertas abiertas a los debates, de los que nos complace seguir llevando a cabo.

## Referencias

BOSI, Alfredo. **Dialética da colonização**. São Paulo: Companhia das Letras, 1992.

DAVIS, Angela. **A liberdade é uma luta constante**. São Paulo: Boitempo, 2018.

ECO, Umberto. **Seis paseos por los bosques narrativos**. Barcelona: Editorial Lumen, 1996.

KOPENAWA, Davi; ALBERT, Bruce. **A queda do céu: Palavras de um xamã Yanomami**. 1ª edição. São Paulo: Companhia das Letras, 2015.

KRENAK, Ailton. **Futuro Ancestral**. São Paulo: Companhia das Letras, 2022.

LAPESA, Rafael. **Introducción a los estudios literarios**. Madrid: Cátedra, 1974.

LOPES, Nei; SIMAS, Luiz Antonio. **Filosofias Africanas. Uma introdução**. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 2020.

MALINOWSKY, Bronislaw. **Magia, ciência e religião**. Trad. Maria Georgina Segurado. Lisboa: Edições 70, 1984.

VIEIRA JÚNIOR, Itamar. **Arado torcido**. Trad. Regina López Muñoz. Logroño: Editorial Pepitas de calabaza, 2022.